

# Pará que te cuento



**POR SOL ALIVERTI. ILUSTRACIÓN DE LUIS LIENDO. FOTOS GENTILEZA DE BAHIIYIH MALONEY.** Entrevista al periodista y escritor Diego Fonseca, que habla sobre las particularidades del periodismo narrativo, contextualiza el resurgimiento de ese género en Latinoamérica, cuenta de qué va la antología de crónicas *Sam no es mi tío*, donde está como co-autor y co-editor. Además, un fragmento de su texto en ese libro.

**H**ay definiciones que vienen dadas por la repetición del oficio. Gabriel García Márquez decía que una crónica era un cuento que era real. Así y nada más: no hay atributo más específico ni más contundente que el de la historia real que alguien te cuenta para que mastiques con detalle todos los mundos que hay detrás de la velocidad de las noticias. En lo que va de siglo, la crónica se instaló a contra mano de ese discurso que aprieta: *ya nadie lee*. Cuando todo parecía indicar que el formato corto, la noticia transparente, en la prisa del día a día iba a ser el consumo periodístico predominante, en Latinoamérica el género de la crónica dio puntada con hilo en manos de una generación de autores notables.

En los últimos diez años, en el continente fueron surgiendo varias publicaciones que llevan la crónica como bandera, como *Etiqueta Negra*, de Perú; *El Malpensante*, de Colombia; *Anfibia*, de Argentina; y la mexicana *Gatopardo*, entre otras. Y este año se publicaron al menos tres compilaciones del género: *Antología de crónica latinoamericana actual*, coordinada por Darío Jaramillo Agudelo y publicada por Alfaguara; *Mejor que ficción*, armada por el español Jorge Garrón para Anagrama; y la que nos lleva a conversar con Diego Fonseca.

La crónica, que tuvo su auge con la camada de García Márquez hace 50 años, volvió de la mano de nuevos nombres que llevaron las historias a libros, revistas especializadas y antologías; nuevos periodistas que cuentan como escritores; o nuevos escritores haciendo periodismo. Así se iría formando el "*ornitorrinco de la prosa*", según el escritor mexicano Juan Villoro. Desde siempre, la crónica ha posibilitado meter las narices, contar lo mínimo, lo invisible. Pero actualmente, tal cosa parece paradójica: mientras las redes imponen la velocidad, mientras el consumo de noticias puede consumir al más rápido, la crónica exige tiempo, exige parar y leer.

## Un varillense en Washington

Diego Fonseca es cordobés nacido y criado en Las Varillas y egresado de la Escuela de Ciencias de la Información de la Universidad Nacional de Córdoba. Antes de emigrar —primero a México y luego a Estados Unidos, donde ahora habita su capital— trabajó en la sección Economía de *La Voz del Interior* y en la extinta *Radiocentro.bar*, entre otros medios. Es editor asociado de la revista peruana *Etiqueta Negra* y sus crónicas han sido publicadas en revistas como *Orsai*, la colombiana *Soho*, y la chilena *BNAméricas*. Trabajó como editor general para América Latina de *América Economía*, la principal revista latinoamericana de economía y negocios, y como editor adjunto de *Mercado Córdoba*. Como escritor literario, publicó el libro de cuentos *South Beach*, en la editorial *Recovecos*, de Córdoba, en 2009. En 2013 editará una colección de perfiles sobre economía y desarrollo escritos por quince cronistas de toda América Latina.

## Buzos de profundidad

El escritor y periodista cordobés Diego Fonseca sabe de todo esto. Desde que partió de aquí, hace casi 10 años, anda cazando historias. Ahora vive en Washington, Estados Unidos, y aca-



Handwritten signature or mark in the bottom right corner.



**“Han sacado de la niebla a todos esos cronistas que estaban trabajando duro y publicando pero no se veía. En términos de boom, creo que hay una madurez”.**

ba de ser co-editor –además de autor de uno de los textos– del libro *Sam no es mi tío*, que Alfaguara publicó en nuestro país en noviembre pasado. La antología incluye crónicas, relatos y ensayos escritos por 22 autores latinoamericanos más la participación del periodista norteamericano Jon Lee Anderson. Porque incluso cuando Nerón mandó a quemar Roma, pasaban otras cosas además del incendio, dice Diego Fonseca. *“Me gusta pensar la idea del cronista como un buzo de profundidad –explica–. La realidad es un río. Nada se repite, ninguna gota ocupa el mismo lugar dos veces. Como periodista de periódico tenés que navegar a la misma velocidad que el río, si no el río te da vuelta. El cronista, en cambio, se para al costado, mira el lugar donde quiere meterse y se zambulle. Mientras la realidad sigue su curso, vos hacés un corte transversal”.*

– **¿De qué depende dónde quiera uno pararse y tirarse?**

– Depende desde dónde quieras abordar el tema. Un tema puede tener dos o tres enfo-

ques distintos. De la agenda que vos operes. El abanico es múltiple. Etiqueta Negra juega con esto: tratar de mirar el hecho más allá del hecho en sí, todo lo que lo rodea. La crónica es eso: una bomba de sentido. No es el hecho per se lo que importa, sino que te permite mostrar una serie de significados que otras cosas no tienen.

– **¿Qué es lo que posibilita el periodismo narrativo?**

– Creo que la narrativa tiene que ver con esa necesidad de la gente de parar un poquito y zambullirse más. La oportunidad que te da la crónica, el largo formato, es tomar tiempo, hacer un recorte de la realidad y zambullirte. El buzo de profundidad va lento, va muy lento. Y ese caminar despacio es lo que te permite contar la historia. Se trabaja casi a oscuras. Porque mientras lo demás va circulando, el río no se detiene, y hay que tratar de mantener el foco. Somos como atletas de maratón: no todos llegan. Algunos se quedan a mitad de camino porque cansa todo el esfuerzo que implica.

– **¿A qué se debe este nuevo boom?**

– Hay un proceso de maduración. Y creo que ha sido funcional la existencia de medios como Etiqueta Negra, Gatopardo y el Malpensante y ha sido sustancial la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI). Han sacado de la niebla a todos esos cronistas que estaban trabajando duro y publicando pero no se veía. Creo que sí está de moda es porque hay un flujo de público que está empezando a leer más. No sé si va a ser masivo. Pero existe mayor interés. Me da la impresión de que el proceso en general tiene mucho que ver con la necesidad de ajuste de los lectores. La crónica tiene eso: salirte un ratito para ver. No se enfoca en el día a día, como la noticia. Es una excusa para clavar la pala y sacar lo que hay en el fondo. Pero no podríamos vivir sin lo que pasa en el día a día. Por lo general, el cronista se para más allá de la agenda y mira para atrás o a los costados. En términos de boom, creo que hay una madurez, creo que las cosas están funcionando. Cosas que tienen una gran fuerza gestora.

## Otro sueño americano

La idea de *Sam no es mi tío* comenzó en 2008, como una posible respuesta a la situación del latino en Estados Unidos, luego de que Fonseca perdiera su trabajo en ese país. Qué pasaba con los latinos, dónde estaban los latinos, quienes eran los latinos, dónde estaba el sueño americano. En este libro, escritores, periodistas y académicos latinoamericanos narran “América” desde diferentes ópticas y experiencias. Otra de las posibilidades de la crónica: hablar de lo particular para entender lo universal. La idea de la migración primero como condición del pensamiento y luego como acción concreta, es también parte fundamental del argumento unificador de las historias.



## USA bajo mirada latina

*“Un inmigrante sin documentos se burla del sistema y se gradúa con honores. Una vieja cantante de tangos busca otro cuarto de fama mientras desinfecta excusados en Miami. Una batalla de clases en una quesería donde todos portan cuchillos. Un gringo defiende a latinos pobres que lo van a traicionar. Una mujer y su amante ven por la tele la caída de las Torres Gemelas mientras especulan si el esposo murió en el ataque”.* Con esos flashes la reseña promocional oficial del libro *Sam no es mi tío* comienza a describir su contenido. Junto a sendos textos propios y una nota del legendario periodista norteamericano Jon Lee Anderson, Diego Fonseca y la co-editora Aileen El-Kadi incluyeron 21 escritos de una selección de firmas latinoamericanas actualmente reconocidas en el palo de la crónica; autores mexicanos, guatemaltecos, colombianos, bolivianos, peruanos, brasileños, chilenos y argentinos como Santiago Roncagliolo, Jorge Volpi, Joaquín Botero, Claudia Piñeiro, Pablo Meneses y Eduardo Halfon, entre otros.



– **¿El cronista tiene que contar necesariamente sobre aquello que lo afecta?**

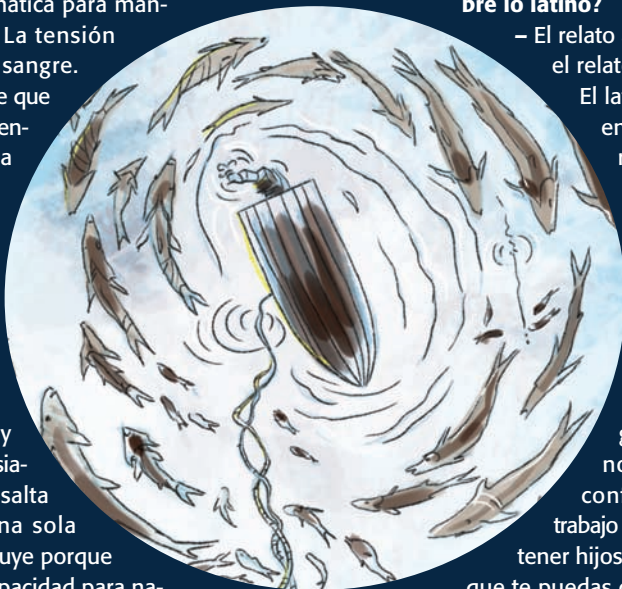
– No. El discurso del yo me gusta cada vez menos. El relato testimonial a mí no me provoca mucho. Yo prefiero una historia contada. Si tengo otra alternativa, voy por esa alternativa, y soy un testigo omnisciente. La experiencia ultra personal no me satisface mucho. El cronista para mí tiene que ser un transmisor que participa dentro de la estructura de los hechos, pero no es la historia. Es una cuestión de gustos.

– **¿Qué tiene que tener una buena historia?**

– Tensión dramática.

– **¿Y eso se lo da la historia o el cronista?**

– La historia te lo presenta. Tiene que tener una tensión dramática para mantener la lectura. La tensión dramática no es sangre. Es la posibilidad de que párrafo a párrafo tengas a la persona agarrada. Que cada párrafo sea una invitación a seguir leyéndola. A veces te lo da la historia y otras veces se lo das vos. Hay veces en que hay que buscar demasiado y otras veces salta sola. A veces, una sola persona te construye porque tiene una gran capacidad para narrar, y otras veces está detrás. A veces no está. Si no hay historia, no hay historia. Yo no digo que haya malas historias: digo que hay mal reporteo y peor escritura. Si la escritura sale muy fea en la publicación, hay una pésima edición. Nunca es un solo error. Construir una crónica exige tiempo, y sobre todo exige escuchar antes que hablar. Escuchar es cen-



tral. Ahí aparece la historia. Quizás la persona nunca hable. Es una imagen. Después necesitás un proceso de maceración. Las historias necesitan dormir un poco.

– **¿Cuál es el gran tema latinoamericano?**

– Hay muchos. La migración permanente. La crisis permanente: una persona que migra está en crisis. Antes, el gran debate era sobre el modo de vida relativamente superficial de los que habitan Estados Unidos. Hoy es cómo hacen para adaptarse. Eso los hace desnudarse como rey desnudo que eran: los norteamericanos ya no son la potencia del mundo, ya no es el sueño americano de antes.

– **¿Por qué resulta necesario un relato sobre lo latino?**

– El relato actual no incluye el relato de la latinidad.

El latino se reconoce en un sueño americano que es llegar, trabajar y tener una mejor calidad de vida para sus hijos. El sueño americano encarnado por el Tío Sam, una figura totémica que no es tal, estaba conformado por el trabajo de pleno empleo, tener hijos con educación y que te puedas comprar cachivaches. Hoy a la casa no la podés comprar y el empleo de por vida no existe más. La segunda mirada, la de la libertad, ha caído a partir del 11-S. Existe la latinidad como concepto. Pero somos multiculturales, no hay una agenda unificadora, no a todos nos representa la agenda migratoria, aunque es masiva. 🇵🇷



***“Como periodista de periódico, tenés que navegar a la misma velocidad que el río, si no el río te da vuelta. El cronista, en cambio, se para al costado, mira el lugar donde quiere meterse y se zambulle”.***

73

## Y entonces dios (fragmento) Por Diego Fonseca

Hubo un tiempo en que Alberto creía que podía doblarle el brazo al mundo, empezando por Corporate America. Ese tiempo duró poco menos de dos años, un suspiro para el pulmón de la historia. Hoy mi amigo teme que los bancos lo lleven a la quiebra de por vida, lo demanden hasta quitarle los dientes y lo hundan en el fango de una humillación universal. Alberto, que una vez tuvo algo, está perseguido por la idea de quedarse en nada. Para cuando el siglo se había tragado un quinquenio, y medio mundo creía vivir la boba felicidad millonaria de The Beverly Hillbillies, Alberto compró una casa en Doral, un barrio de latinos de clase media en las afueras del condado Miami-Dade. La casa le costó casi medio millón de dólares. En un momento dado, él, como muchos, no pudo sostener más la hipoteca, y con la deuda impaga se fue la casa. Alberto dejó su mundo dorado, su creencia en la riqueza perpetua y se convirtió en una caricatura estadística: un nombre en el formulario de propiedad de una casa de cartón desahuciada por un banco.

Alberto amaba esa casa. Dos plantas, cuatro habitaciones, comedor, sala, cocina y garaje para dos autos. Techos de teja española, una estructura sólida de soportes con paredes falsas de mampostería, pisos de falso parqué y falsas molduras prefabricadas. Un artefacto de paneles de yeso, Durlock y papel piedra. Una impostación, una simulación de hogar, pero era suyo. A Alberto poco le importaban mis burlas: vivía en esa casa de muñecas, una McCasa más costosa que su vida, en un McCondominio de Legos idénticos, serializados como envases de Coca-Cola de un modo que yo nunca comprendí. Había trabajado para eso: quería aquello. No era su culpa que Estados Unidos hubiera hecho de un sueño una fórmula de factoría.

—Esto es la soviétización de la arquitectura gringa —le decía yo.

—Es mi casa —me respondía.

—Sos Ronald McDonald: póneme una “M” al techo y vendé hamburguesas.

—Es mi casa.

Era su casa.